

Popular Film



SUMARIO:

El cine, propagandista de los deportes (editorial). — CRÓNICA DE PARÍS: Paul Jorge, el viejo actor francés, reaparece triunfante en una nueva película, por *Jean Desjardins*. — CRÓNICA DE MADRID: Sóbelotodo, veraneante, por *Nosabenada*. — EL RETABLO DE MAESE PEDRO: Teatro de arte popular; Tipos y caracteres, por *Mateo Santos*. — PÁGINA MUSICAL: *Mary* (para piano), del maestro *F. Trull*. — FRENTE A LA PANTALLA: Las caracterizaciones de *Lon Chaney*; Escenas de "La viuda alegre" y Lo que se debe saber para llegar a ser estrella. — LA MODA EN EL CINE: Influencias que sobre la moda femenina ejercen la luz del sol, el temperamento y la raza, por *Miss Gladys*. — MUSEO FOTOGRAFICO: Retrato de *Lon Chaney*. — PELE-MELE: Estreno en Eldorado de "Muntanyes del Canigó", por *M. S.* y La escena muda. — ARGUMENTO DE LA SEMANA: "El vino", por *Clara Bow*.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Villarreal, 186-París, 134-Barcelona

Precio: 20 cént.

ESTABLECIMIENTOS
DALMAU OLIVERES,

S. A.

Imprenta Moderna

*Impresos para el Comercio,
Industria y Banca * Ediciones
Catálogos * Revistas * Folletos*

H U E C O G R A B A D O

*Dibujos * Proyectos * Carteles
Trabajos Artísticos
Retoque Americano*

*París, 134
Villarroel, 186*

*Teléfono 734 G
Barcelona*

Gerente: Isidro Bulló Casanovas

Administrador y Apoderado: J. Olivet Vives

Director técnico y Apoderado: S. Torres Benet

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 734 G. - BARCELONA

Director literario: Mateo Santos

Redactor jefe: Martínez de Ribera

Director musical: Maestro G. Faura

19 DE AGOSTO DE 1926

Oficinas en Madrid: Hortaleza, 46, pral.

Delegado: Domingo Romero

Director: Luis Gómez Mesa



MAE MURRAY y JOHN GILBERT

en una escena de

"LA VIUDA ALEGRE"

El cine propagandista de los deportes

El cine es el instrumento más eficaz de propaganda deportiva que existe. El nos restituye, por medio de imágenes sintéticas, al mundo de los deportistas, complejo y múltiple, intenso, precipitado y excesivamente dinámico.

Muchos son los artistas de la pantalla que practican los deportes en la vida real y cotidiana y cuando encarnan los imaginarios personajes, los irreales héroes de las películas.

En 1917, época de sus primeras series, Pearl White nos producía ya sensaciones vertiginosas, enloquecedoras, realizando mil proezas que nosotros contemplábamos desde nuestras butacas.

Después, Douglas Fairbanks, el «hombre-sport», el «hombre-record», nos causaba idénticas sensaciones con sus audaces acrobacias sobre el caballo en que cruzaba al galope por las arenas de Colorado o de Arizona, sin tomar aliento, pero no sin mostrarnos treinta y dos dientes iluminando el gran plano de una risa burlona y triunfante.

Todas las acrobacias ecuestres y las virtuosidades del volante, nos fueron reveladas por el cine, de una vez.

William S. Hart, León Bary, Harry Carey, Tom Mix, Monroe Salisbury, Buck Jones, Hoot Gibson, Simon-Gerard, Art Acord, Genica Massirio, Jack Hoxie, son los caballistas, semejantes a centauros, que les disputan la palma a los cosacos más famosos. Atletas formidables también los tiene el séptimo arte: George Walsh, Ansonia, Maciste, Paoli... Y acróbatas de la elasticidad de Andrée Peyre y Harry Houdini.

Sydney Chaplin y Jack Pickford, son adeptos de la aviación; Gabriel de Gravone, Albert Dieudonné, Ivan Mosjoukine, manejan el volante con suma destreza.

Betty Compson comienza invariablemente el día con cualquier ejercicio de gimnasia sueca. La artista berlinesa Ossi Oswald, es una auténtica campeona de rowing, y Gaby Morlay ostenta el título de «campeón» de fútbol.

Las encantadoras Lucienne Legrand, Dolly Davies, Genevieve Félix, Suzy Vernon, Blanche Montel y Lois Moran, son igualmente deportistas completas. Jacque Catelain y Charles Ray, son dos nadadores estupendos. Y Biscot el rey del pedal.

La visión repetida de tales espectáculos, desarrolla en los espectadores el espíritu de emulación, y no será uno de los menores éxitos del cine, como propagandista, el de haber ganado a la vida sana de los deportes a dos millares de adeptos.

CRÓNICA DE PARÍS

Paul Jorge, el viejo actor francés, reaparece triunfante en una nueva película

Entre todos los intérpretes que Henri Fescourt eligió para que diesen vida a «Los miserables», la hermosísima novela de Víctor Hugo, ninguno llevó tan a la perfección su papel como Paul Jorge, intérprete del «role» de Mgr. Myriel, cuya realización constituyó una magnífica creación del más bello estilo que nosotros no estamos dispuestos a pasar por alto.

Paul Jorge se dedicó a la escena muda después de una larga carrera teatral plena de triunfos, que le clasificaron en su día como uno de nuestros grandes actores.

Paul Jorge personifica aquella época en que los artistas se entregaban por completo al arte por el arte, sin preocuparse tanto como se preocupan nuestras actuales «vedettes» de «faïse de l'argent». A pesar de los mil sinsabores que le proporcionó aquella época, no descansó ni un instante en el nuevo camino emprendido, al que llegó pletórico de actividad, dedicándole todo su entusiasmo y la vitalidad de su espíritu joven e incansable.

Paul Jorge no nació en París, pero llegado a él para dedicarse a la tipografía, se dejó seducir por el teatro y a él se dedicó cuando apenas había arribado a su primera juventud. El primer sueldo que ganó en la escena fué de 15 francos al mes, y debutó en el Teatro de Belleville, de donde pasó a L'Ambigu y al Teatro Histórico, hoy Teatro Sarah-Bernhardt, donde estrenó la primera obra de Jules Claretie. Fué más tarde director de escena de la Renaissance y «regisseur» general des Bouffes. Ocupó otros mil cargos dentro de la escena, pero habían corrido los años con tanta rapidez, que ya cansado del teatro y un poco fatigado por razón de su edad, dejó en otras manos la intensa responsabilidad que sobre él pesaba y se consagró definitiva y exclusivamente al cinema.

Numerosísimos films realizó este interesante e inteligente actor, y entre ellos se pueden reseñar «El Preludio de Chopin», de Tourjansky, «role» del padre Caleb; «Mi casa de Saint-Cloud», de Jean Manoussi, «role» de padre Nicot; «La Absolución», de Jean Kemm, «role» del abuelo; «El holocausto»; «La hija salvaje»; «Roger la Honte», y otras muchas en las que colocó su nombre a la altura de los grandes cineastas mundiales. Ahora está acabando «Las lágrimas de Colette», para la «Société des cinero-

mans», en la cual realiza una verdadera creación, que le ha valido múltiples felicitaciones de los que conocen la admirable labor que en ella realiza.

Paul Jorge, además de un gran artista, es un hombre simpatísimo y culto, a cuyo lado corren las horas agradablemente salpicadas por su fina gracia francesa, un poco punzante y pícaro, que encanta hasta cuando dirige sus tiros a sí mismo.

Su anecdotario está pleno de momentos divertidos, que han aureolado la vida de este viejo «compère» con una leyenda «amusante» que corre en boca de todo el mundillo teatral de París.

En cierta ocasión, mientras sus compañeros estaban tomando vistas de varias escenas al aire libre bajo la dirección de Henri Fescourt, se separó un poco de la compañía, que realizaba «Los miserables», y se sentó en un banco escondido de una vieja plazuela de Valbonne, entre dos antiguos compañeros, a los que refería, con su gracia peculiar, algunas divertidas anécdotas de entre bastidores.

Refán a mandíbula batiente los tres amigos, cuando se acercó a ellos jadeante un pobre cura que, saludándole respetuosamente, le dijo:

—Monseñor, estáis mal en este lugar: estaríais mejor en la iglesia. ¿Queréis que os conduzca a ella, monseñor?

—Señor abate — respondió él —, usted me confunde. Yo no soy más que un humilde actor cinematográfico tan pecador y tan descarriado como muchas de las ovejas que usted pastorea...

Esta explicación, como es muy lógico, hizo que el pobre abate comprendiera su error y saliese disparado exclamando:

—«¡Vade retro!» «¡Vade retro!» «¡Nullo numero homo!» «¡Nolli me tangere!».

Paul Jorge, a pesar de las opiniones de la mayoría de los grandes «stars» de la cinematografía, cree que es indispensable para llegar a ser un verdadero cinematografista, haber pasado por el teatro, pues no existe ninguna otra escuela que preste las aptitudes necesarias para determinar lo complejo de la labor a realizar dentro del séptimo arte.

JEAN DESJARDINS

M. Henry Roussel ha dado comienzo a la toma de vistas de su último film «La isla encantada», en una gran fábrica de los alrededores de Caen.

La estancia en esta población del excelente «realisateur» se prolongará una semana, durante la cual tomará importantes vistas escénicas de día y de noche.

El principal papel femenino está en manos de la bellísima artista Jacqueline Forzane, que tendrá ocasión de desarrollar en el curso de este film sus grandes y excepcionales cualidades dramáticas.

La acompañan en la interpretación de este interesantísimo cine drama Mlle. Renée Héribel y MM. Jean Angelo, Gaston Jacquet, Garat y el pequeño Roby Guichard.

ESTRENOS DE LA SEMANA

El abanico de Lady Windemere

Basado este formidable film en la comedia deliciosa de Oscar Wilde del mismo nombre, cuya adaptación se debe al originalísimo «realisateur» Ernest Lubitsch, está siendo el tema de todos los comentarios por la atmósfera puramente británica en que se desenvuelve y por la perfecta interpretación de Irene Rich, de Bert Lytell, de Ronald Colman, de May Mac Avoy y de todos aquellos que intervienen en la realización de este atractivo film, al que Lubitsch ha señalado con su marca de fábrica, pues son admirables los juegos de escena, las situaciones espirituales, magníficamente resueltas, que hacen que vibre en este film y en todos sus momentos un espectáculo de alto gusto, que supera en algunos momentos las anteriores realizaciones que valieron a este autor una reputación mundial y uno de los más elevados tratamientos que se le pueden ofrecer a un director de escena.

May Mac Avoy se revela en su «role» como una de las grandes ingenuas, cuya emotividad y sobriedad dramática la colocan entre las del más alto rango de las artistas de la pantalla. Irene Rich, como siempre, cautiva por su gracia un poco triste y por la cualidad de su juego. De Ronald Colman y de Bert Lytell nada diremos: estos dos excelentes actores hacen mucho tiempo nos vienen dando pruebas de su valor artístico, que no decae en este film, en el que hacen, tanto el uno como el otro, una verdadera creación de sus «roles» respectivos.

Suscribiéndose a POPULAR FILM, recibirá V. la revista todos los jueves en su casa o en el sitio a que le hayan llevado sus negocios u ocupaciones.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Trimestre, 2'50 pesetas / Semestre, 4'75 pesetas / Año, 9'00 pesetas

Extranjero: 15 pesetas año * Pago por adelantado

Envíese el importe de la suscripción por giro postal o en sellos de correo.

Popular Film

CRÓNICA DE MADRID

Sábelotodo, veraneante

He aquí cómo mi ilustre camarada Sábelotodo me mete en un grave aprieto. A nuestro hombre, de la noche a la mañana, le ha dado la ventolera de largarse de la villa y corte, en busca de la brisa marina, nada menos que a San Sebastián. Lo mismo que la gente de postín.

Horas antes de tomar el tren para la capital guipuzcoana, Sábelotodo me envió un continental en el que, lacónicamente, me decía:

«Amigo Nosabenada: Huyo del sol asesino de Madrid. Si quieres verme, aprovecha los minutos, porque mi auto-escamoteo va a ser cosa de un segundo. Te abraza,

Sábelotodo.»

En un dos por tres, utilizando un Buick de veinte caballos — esto parece un problema de matemáticas —, me trasladé a su domicilio.

Y mientras él metía las últimas prendas en la maleta, dialogamos de esta suerte:

Yo.—¿Vas de viaje?

El.—Sí.

Yo.—¿Y adónde?

El.—A San Sebastián.

Yo.—¿A qué?

El.—Eso no se pregunta: a veranear.

Yo.—Me parece una insensatez.

El.—¡Ah! ¿Lo encuentras raro?

Yo.—¡Naturalmente! Sobre que abandonas tus obligaciones, la más sagrada de las cuales es informar semana tras semana a los lectores de *POPULAR FILM* de lo que acontece en los cines y teatros madrileños, no sé qué vas a buscar en San Sebastián, que no tengas en Madrid.

El.—Fresco.

Yo.—¿Es alusión?

El.—Es que aquí me ahogo.

Yo.—Donde te ahogará es en el mar. Porque tú no nadas.

El.—Las nonadas son las que tú dices.

Yo.—Como gustes; pero para mantenerse uno a flote necesita...

El.—¡Calabazas!

Yo.—Las cucurbitáceas pertenecen a la época estudiantil.

El.—En ella estoy. Estudio la manera de no pasar calor y de no aburrirme.

Yo.—Bueno, hablemos con seriedad.

El.—No conozco a esa señora.

Yo.—Lo había notado. Pero dime, ¿quién hará en *POPULAR FILM* la crónica de Madrid?

El.—Tú.

Yo.—Déjate de bromas, Sábelotodo. Yo no sé una palabra de estas cosas.

El.—No te preocupes. Hay muchos periodistas que tampoco saben nada de nada, y llenan planas enteras en los periódicos.

Yo.—Bien, por lo menos dame algunas instrucciones para salir un poco airoso de mi cometido.

El.—Eso está muy puesto en razón. Voy a instruirte, y verás cómo ser pe-

riodista es la cosa más sencilla del mundo.

Sábelotodo hace un breve paréntesis, toma una actitud de dómine, y prosigue:

—Cuando el periodista carece de ideas propias, pero posee garbo para engarzar las palabras, puede dar la sensación de que tiene talento, aprovechando en sus comentarios las ideas de los demás.

Yo.—¿Y si tampoco tiene garbo?

El.—Entonces recurre al frasco de la goma y a las tijeras, que vienen a ser como el director y el redactor jefe en muchas redacciones.

Yo.—¿Entonces cualquiera puede ser periodista! Con tal de que haya unos cuantos verdaderos a quienes plagiar...

El.—No tanto, no tanto... Hay que tener buen golpe de vista para elegir las noticias interesantes, y habilidad para hacer el recorte en los periódicos. Es decir, hay que ser un poco sastre y otro poco arquitecto. Sastre, para dar bien el corte, y arquitecto, para *edificar* con gracia las planas necesarias de un periódico, con materiales usados, a veces casi inservibles. En resumen: es preciso tener talento: ideas; o estilo; garbo o gracia: buen gusto para seleccionar las noticias.

Yo.—¿Y si no se tiene nada de eso?

El.—Entonces se pega uno un tiro en la cabeza, porque es señal de que no le sirve para nada, o bien se dedica a llevar baúles, si tiene fuerza y espaldas para ello.

Yo.—¿Y no existe un término medio? Es decir, ¿no hay más remedio que ser periodista o mozo de cuerda?

El.—En tu caso, sí. O me suples una o dos semanas ante los lectores de *POPULAR FILM*, o me llevas a las costillas el equipaje a la estación.

Yo.—Mira, me decido por ser periodista durante unos días. Siempre es más honroso que lo otro.

Dicho esto, me despedí de Sábelotodo, y a continuación les ofrezco a ustedes, lectores amigos, lo que han dado de sí los escasos conocimientos que poseo de la sastrería y de la arquitectura periodísticas.

Sean piadosos con el pobre

NOSABENADA

¡Allá películas!

¡Ea! Ya me tienen ustedes en peregrinación por los cinemas madrileños, que más que locales destinados a la proyección de películas, parecen desiertos... sin caravanas. Ni con ventiladores como molinos de viento por lo grandes, atraen al público los empresarios. Y es que, señores míos, Sábelotodo tiene razón: en Madrid se achicharra hasta la estatua de Neptuno, que es de piedra y está medio sumergida en el agua en paños menores...

Pero con público y sin público, forzoso es

decir lo que se proyecta en estos cines, que no tiene mucho atractivo que digamos.

Comencemos por el Real Cinema y Príncipe Alfonso.

En estos salones hemos visto en la pantalla al gracioso Buster Keaton en «Pamplinas y la casa eléctrica», «Codicia del oro» y «Ruta gloriosa», que no pasan de medianas.

En el Monumental Cinema, se han proyectado, sin pena ni gloria, las siguientes películas: «Un buen camarero» — en los cafés de Madrid los hay mejores: hasta fían —, «El príncipe heredero», «Regalos de Pascua» — muy inoportuna en esta época — y «El lazo irrompible».

En el Argüelles, hemos admirado a May Mac Avoy en «La moral de lord Marcos» y al estupendo caballista Tom Mix, en «La Jornada de la muerte».

En el Cinema Goya, «Mejor que un trono», por Edmund Lowe, al que no le hemos visto ese perfil griego que le achacan y «La fuga de la novia», que ha causado la envidia de muchas muchachas casaderas.

En el Cine Madrid «El trapero», por el simpático Chiquilín, «La dama secuestrada», cuyo paradero se descubrió antes que el de los cuadros robados al señor Urzáiz, y «Boní, el atolondrado».

Y en el Cine Ideal, «Tomasín, peluquero», en la que Larry Semon nos tomó la cabellera, «El solitario», por Jack Holt y «La lucha por la vida», por la bonita Eva Novak, que no se presenta tanto como en traje de Eva, pero que basta para admirar sus buenas formas.

En resumen: un secuestro y una fuga... La fuga del público.

Chismorreos para pasar el rato

Manolito Dicenta, ha tomado parte en la película «El bandido de la Sierra», de Luis Fernández Ardavin.

¡Tan joven y ya entre bandidos! No obstante, ha quedado tan bien Manolito, que los protagonistas del film, Josefina Díaz y Santiago Artigas, lo han contratado para su compañía de teatro.

Se chismorrean, que «Azorín» prepara cuatro comedias para la próxima temporada. Y que tendrán más gracia que las de Muñoz Seca. Que no es mucho pedirle al ilustre académico de la Lengua.

— Que el maestro Guerrero ha reñido con Eugenio Casals. Pero que harán las paces en seguida sin necesidad de la Sociedad de Naciones.

— Que Teresita España se ha casado en Méjico con el representante de Edmon de Bries. Y que a causa de la cuestión religiosa en aquel país, no han tenido cura. ¡Claro! En ninguna parte tiene cura el que se casa.

— Que en el teatro de la Zarzuela, abren una academia de baile y otra de canto, siendo una de las condiciones que imponen a los y a las aspirantes, el estar revacunados. Porque la vacuna aclara mucho la voz y aligera las piernas.

— Que la bonitísima tiple Victoria Pinedo, que veranea en San Sebastián, se marchará a América con Eulogio Velasco, que la ha contratado. Pero que volverá del otro mundo sin necesidad de medium.

El retablo de maese Pedro

TEATRO DE ARTE POPULAR

Tipos y caracteres

I

En mi artículo «Guimerá, Galdós y la crisis del teatro», apunté la idea de que ésta se resolvería en España con dramaturgos de la enjundia y el vigor cerebral de don Benito y de don Angel. A esta idea apenas esbozada, hay que darle relieve engarzándola en otras de las que aquélla será dije.

La novela, el ensayo literario y el periodismo, tienen actualmente en España buenos cultivadores. Como no trato de hacer una estadística ni un padrón de los escritores y periodistas españoles, el lector culto hará la selección, que no diferirá mucho de la que yo haría. No es posible confundir entre la gente de pluma, a los que las usan de buen temple, acedadas, y a los que las tienen de ganso o de indio.

Lo que pretendemos remarcar es que nuestra literatura dramática no cuenta en la actualidad con cultivadores tan preclaros como la novela y el periodismo, y de ahí la crisis del teatro, aunque la mayoría de sus comentaristas la busquen por otros caminos o la achaquen a otras causas.

¿Es que no existen realmente en España escritores de fuerte temperamento dramático, con una clara y amplia visión del teatro? En esto está, a mi juicio, lo absurdo del caso: en que habiendo escritores capaces de vivificar y purificar nuestra escena, estén copados los carteles por los ineptos y por alguno que ocupando en justicia un lugar preeminente, no tiene ya fuerzas para mantener en alto su nombre, con el decoro debido.

Necesita la literatura dramática para vigorizarse, de nuevos valores. El sainete de Arniches, la comedia de costumbres andaluzas de los Quintero y la alta comedia o comedia de sociedad de Benavente, no han de dotar de nueva savia al teatro español. Los Quintero y Arniches, han dado a este teatro tipos geniales que han de perdurar. Benavente no ha creado tipos, pero ha inventado muñecos con mucho ingenio y donosura. Ahora precisa arrinconar con todo respeto a esos tipos y a esos muñecos admirables y construir caracteres, temperamentos en contraposición a los tipos y fantoches de que está lleno el escenario del mundo. O lo que es igual: hay que dar paso en la escena al arte popular, desterrando de ella al esteticista y al que, con justificada redundancia, llama Pérez de Ayala arte artístico. No mentemos siquiera al teatro, que no cabe en ninguna de estas definiciones.

No hay ni que tomarse la molestia de

inventar el teatro de arte popular. Está inventado hace mucho tiempo y lo introdujo don Benito Pérez Galdós en España con «Realidad».

Sin embargo, existe un modelo más reciente y, por lo tanto, más en consonancia con este siglo. Ese modelo viene de Rusia, que es, a la hora de ahora, el único pueblo del mundo digno de imitarse en materia artística y literaria. Conformense Francia e Inglaterra con imponer a Europa y América la moda en el vestir, aunque sea tan antiestética como la falda plisada y de mucho vuelo, en forma de tulipa de papel, y como el pantalón Oxford, hechura pata de elefante. Las novedades ideológicas llegan de Rusia.

Pero no se confunda el teatro de arte popular con esa otra clase de teatro con el que se deforma el espíritu del pueblo, creyendo así halagarlo, y hasta halagándolo, a veces, valiéndose de reprobables mañas.

Ramón Pérez de Ayala, al que ya he aludido, me ahorra la definición con estas certeras palabras:

«El arte popular sigue los derroteros de la moral, bien que en ocasiones el artista, animado de puro celo social y amor del mejoramiento humano, parece oponerse a ciertas ideas morales — en rigor, inmorales — de sus contemporáneos (por ejemplo, Tolstoy).»

Claro que el agudo ensayista y crítico, escribió esto antes de que conocieran en España a Leónidas Andreiev y a Antón Chejov, y de ahí su ejemplo de Tolstoy, según presumo, pues ningún escritor ruso, ni de otra nacionalidad, ha destruido esas ideas falsamente morales con la valentía de Andreiev.

Este escritor es, en mi concepto, el más formidable forjador de caracteres de la literatura dramática contemporánea. Los personajes de sus comedias, hasta los que pasan fugazmente por la escena, son seres arrancados a la vida y elevados por el arte a la categoría de prototipos.

Los problemas que plantea Leónidas Andreiev en sus obras, están insuflados de humanismo, son eternos. Por eso tienen un valor ético enorme y por eso la moral de sus personajes es moral pura, sin estar mixtificada por las conveniencias y las hipocresías sociales, que necesitan una moral de apariencia, de adorno, que las encubra.

Y ya esbozada la idea de lo que debe ser el teatro de arte popular, quede para un próximo artículo el complemento de éste.

MATEO SANTOS



Rosita Rodrigo, la «seductora» de las revistas del Cómic

Homenaje a Garreta

El día 13 del actual se celebró en Olot, organizado por la Asociación de Música, un concierto en homenaje al que fue eminente compositor, Julio Garreta.

En este concierto colaboraron, brillantemente, la «Cobla Barcelonés» y el conocido artista Blai Net. El homenaje a Garreta resultó espléndido.

La última pose de D'Annunzio

En su «villa Vittoriale», guardada por «camisas negras», armados hasta los dientes, Gabriel D'Annunzio, escribe dos dramas.

Este aparato de fuerzas, es para impedir que lo importunen sus admiradores y amigos, para los que no estará visible el poeta hasta el día 1.º de noviembre próximo, que es la fecha en que piensa tener terminados esos dos dramas.

El protagonista de uno de ellos es Jesucristo y el otro San Francisco de Asís. Claro que a cualquiera se le ocurre pensar que para construir dos obras de teatro, aunque estas sean de traza religiosa, no hace falta ninguna rodearse de fuerza armada, que, en todo caso, cuando podría serle útil, es el día del estreno.

Pero, acaso, lo que nosotros creemos pose, no sea más que un rasgo de humorismo. Por algo había dicho él a un amigo íntimo suyo, al que recibió estos días, por excepción: «Llegará un tiempo en que el mundo se percatará de que yo era el primer humorista de mi época».

El primer humorista, no sabemos; pero el primer bromista, sí.

Unamuno lee una comedia a la compañía Rivera-De Rosas

Don Miguel de Unamuno leyó hace unos días en Hendaya, una comedia a la señora Rivera y a su marido el señor De Rosas, para cuyo estreno en San Sebastián se están haciendo gestiones, pues de no hacerlo en dicha capital no podría ser estrenada en España, por el viaje que a Italia hará la compañía Rivera-De Rosas cuando termine su actuación en el Teatro del Príncipe de la bella capital guipuzcoana.

La comedia de don Miguel de Unamuno tiene tres actos y se supone ha de constituir su estreno un gran acontecimiento literario.

Según el señor de Rosas es de una admirable concisión esta pieza en donde lo fuerte del pensamiento se une a la valentía de la acción, constituyendo una comedia soberbia, cuyos tipos de un bien definido carácter, resaltan formidables y complejos dentro de un ambiente lleno de belleza, encanto y fortaleza de expresión.

Tiende en esta obra el señor Unamuno, a exaltar hasta lo sublime a la mujer. Se trata de un drama del hogar en el que interviene admirablemente determinada la eterna trilogía de la mujer, el marido y el amante, cuyos caracteres encontrados van a la emoción sin saltos bruscos que los anormalicen.

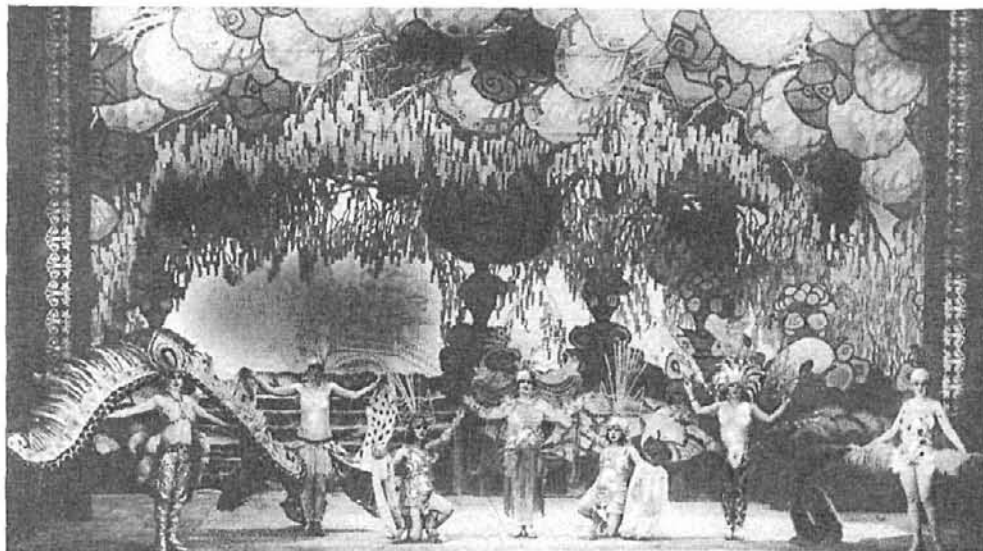
Tal vez se haya lanzado a escribir esta obra don Miguel de Unamuno, entusiasmado por el éxito de «Todo un hombre», cuya teatralización se debe a la pluma maestra de Julio Hoyos.

Si el estreno de esta obra se llega a efectuar en San Sebastián por la compañía de Rivera-De Rosas, la representarán un día en Hendaya con objeto de que don Miguel de Unamuno pueda asistir a su representación y haga sobre la obra las indicaciones que crea convenientes.

Deseamos sinceramente que sea un éxito la representación de esta comedia y nos atrevemos a tenerlo por seguro, pues el solo nombre de su autor encierra garantía suficiente de triunfo.

La temporada de ópera en el Bosque

Durante la brillante temporada de ópera que viene celebrándose en el teatro del Bosque este verano, hemos tenido ocasión de aplaudir a la eminente diva catalana Mercedes Capsir, a la bellísima soprano Emilia Vergeri y a la buenísima cantante Josefina Blanc, la cual ha sido la revelación más interesante de la temporada.



Una escena de la revista «Joy-Joy»

Mercedes Capsir, conocidísima ya por nuestro público, ha actuado brillantísimamente, alcanzando un verdadero triunfo con «La Bohème» y «Aida», con lo cual ha demostrado que sus excelentes condiciones van en aumento y son dignas de todo encomio.

Emilia Vergeri, la deliciosa soprano cuyos triunfos en los principales teatros del mundo colocaron su nombre a gran altura, se presentó ante nuestro público con la deliciosa ópera «Ballo in maschera», siendo acompañada en dicha representación por el celebrado tenor Antonio Saludas, tan admirado por nuestro público.

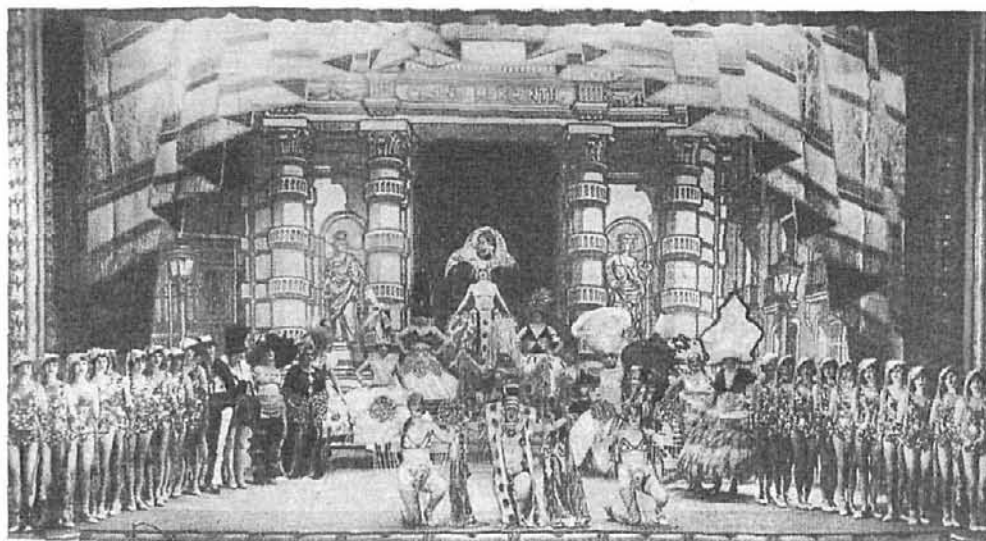
Tanto éste como Emilia Vergeri, cantaron admirablemente esta obra con la que tantos triunfos conquistaron en el extranjero.

Josefina Blanc, casi desconocida para la inmensa mayoría de nuestro público, nos ha demostrado que tiene inmejorables condiciones para ocupar un puesto preeminente en la escena lírica mundial.

Esta joven y bellísima soprano, posee una voz llena de dulcísimas inflexiones, admirablemente timbrada y de una potencia nada común.

La segunda representación de «Lohengrin» ha sido la prueba decisiva de su alto valor, el cual no dudamos sabrá imponer a la opinión mundial, y que culminó en el final del dúo con Ortud en el acto segundo de la sublime producción wagneriana.

La empresa del Bosque ha tenido, esta vez, un acierto que toda la afición barcelonesa ha visto con agrado y aplaudido entusiasmada, pues si estas admirables divas, continúan este rápido camino triunfal, colocarán en un brillantísimo momento la riqueza lírica de la Ciudad Condal.



Escena de «Joy-Joy» que está obteniendo un grandioso éxito en el Cómico

Gorki entrega «La moneda falsa» a un empresario yanqui

Un empresario de teatros de Nueva York, ha visitado en Sorrento, donde se encuentra actualmente, al célebre novelista ruso Máximo Gorki, con objeto de pedirle que trace una obra para la American United Artistic Corporation.

Gorki, que tiene puesta su atención en una nueva novela sobre la historia de Rusia de 1881 a 1921, no quiso aceptar la demanda; pero entregó al empresario yanqui una obra titulada «La moneda falsa», para que sea estrenada en América. «La moneda falsa» la dará también a conocer en Europa, el empresario alemán Max Reinhardt.

Saloncillo

El gran actor Pavo Morano se encuentra en nuestra ciudad.

Actúa en su torre de la Bonanova y en la playa de San Sebastián. En ésta, sobre todo, tiene mucho público.

Manolo Sugañes se marcha a Méjico. Como le acompañan tantas muchachas guapas, es de suponer que se lleve de calle hasta al presidente Calles.

Para que alaben luego los chistes de Muñoz Seca.

Jaime Planas, el tenor de la simpatía, se va también a Méjico contratado por Sugañes.

No tememos que baje la temperatura a cero.

Pepe Alfonso es una paradoja. Dice que con estos calores no se puede beber agua. Y bebe aguardiente.

Santpere asegura muy serio que ya no hará más morcillas en escena.

¿Lo creen ustedes?

Lea V. Popular Film

Popular Film

M a r y

(Para piano)

Original del maestro F. Trull

PIANO.

D.C. al fin
hasta y salta



Con objeto de que nuestros lectores encuentren en la página musical las más bellas composiciones de la temporada, hemos procurado contar con los más interesantes maestros de la canción y el baile, los cuales nos han prometido la exclusiva de sus más originales producciones.

FRENTE A L

Las caracterizaciones de Lon Chaney



No existe en el arte cinematográfico un actor que logre caracterizaciones tan perfectas como Lon Chaney.

Al este prodigioso artista, por tan insuperable cualidad, se le ha llamado con razón el hombre de la cara de goma.



Algunos tipos de Lon Chaney, producen escalofríos de terror. Tal en "El Fantasma de la Ópera", en el clown de "El que recibe el bofetón" y en el hombre malo de "Maldad encubierta"

Popular Film

PANTALLA

Varias escenas
de "La Viuda
Alegre", pro-
ducción Metro
Goldwyn, inter-
pretada por
Mae Murray y
John Gilbert.



Popular film

Las caracterizaciones de Lon Chaney

No se conocía la verdadera fisonomía de Lon Chaney más que por las fotografías tomadas fuera de los films, que son muy pocas. Sin embargo, sus caracterizaciones son conocidas en todo el mundo, que se maravilla ante ellas y las admira por tratarse de un artista formidable que no emplea otros menjerges que los precisos para su caracterización.

La primera vez que le admiramos en la pantalla, fué bajo el aspecto de un espantoso y repugnante enfermo. Muchos de los que le vieron en aquel difícil papel, llegaron a creer por un instante, que padecía una verdadera enfermedad. ¡Tan maravillosamente caracterizó el tipo!

En películas sucesivas, aunque ha ido modificando sus métodos de caracterización, con objeto de dar más emoción a sus personajes, ha permanecido, en el fondo, fiel a sus principios. Inolvidable en nuestra mente será la perfecta caracterización de Quasimodo, en «El Jorobado de Nuestra Señora de París».

Algunas críticas, en las que se reseña la obra general de Lon Chaney, son producto de una admiración absoluta por los procedimientos que emplea este actor cinematográfico para maquillarse el cuerpo y la faz y todas ellas le señalan como el mejor característico que ha militado hasta el día en la escena muda.

En «El Jorobado de Nuestra Señora de París», el personaje de Quasimodo fué estudiado por él, de pies a cabeza, sin que echase en olvido el más pequeño detalle, como nos lo prueba el hecho de llegar al extremo de mostrarnos aquellas manos enormes y velludas, espantosamente impresionantes.

Lon Chaney fué, en su juventud, mozo de accesorios en un teatro. No habiendo logrado entrar como artista, por la puerta grande, eligió la que conduce tras de la cortina y no la que lleva hasta las candilejas.

Era hijo de sordomudos. Su padre, que aún vive, se casó por segunda vez a los sesenta y tres años con otra sordomuda. Cuando recuerda su juventud dice, que quizá esta vida de silencio a que le castigaba la desgracia de los suyos, sea la causa de que pueda expresar los sentimientos más diversos, sin emplear una sola palabra, y sin dificultad alguna.

«Yo recuerdo — dice Chaney — que en mi casa nos comprendíamos perfectamente, mis padres, mis hermanos y yo, no solamente

te sin hablar, lo que hubiese sido inútil, sino sin que hiciésemos el gesto más insignificante.

«Teníamos los ojos fijos los unos en los otros, no perdiéndose ninguna de nuestras miradas y comprendiéndonos perfectamente. He vivido en el silencio durante una docena de años y mi gesto adquirió en él esta movilidad extrema que hoy me permite llegar a las más difíciles caracterizaciones.

«En los comienzos del cine — continúa Chaney — llegué a entusiasmarme. Por aquella época me dedicaba a la pantomima, porque habiendo vivido siempre entre sordomudos, veía en ella el único medio de divertirse a los que no pueden oír ni hablar. El cine era una pantomima cien veces más expresiva que la pantomima del circo y deseaba poder dedicarme a ella por entero y llegar, dentro de este arte, a expresar por medio de simples gestos expresivos, las emociones más complejas que pueden inspirar un tipo o una situación.»

Lon Chaney no lee jamás el argumento de la escena que ha de ensayar. Esto es, según él, incompatible con su naturaleza. Le parece que si se llegase a aprender de memoria todo el argumento a realizar, se llegaría a entusiasmar y sería causa este entusiasmo de alguna equivocación, que le impediría salir airoso de su cometido. Cree, además, que si merced a este estudio llegase a adquirir una idea neta, fija, sobre alguna escena en la que tuviera que intervenir, se encontraría más tarde en contradicción con su director, pues está seguro de que no opinaría igual que él.

Así es que Lon Chaney no interviene hasta el último momento. Siempre se halla dispuesto a la hora justa en que se ha de realizar la composición del film y es en aquel instante cuando el director le pone al corriente de lo que habrá de ejecutar en escena. Reflexiona unos segundos y comienza su labor, repitiéndola cuantas veces es preciso, hasta lograr la máxima perfección. Jamás se ha confundido con las dificultades de su papel, y sus personajes son siempre idénticos, desde el comienzo hasta el fin de la obra.

No comprende Chaney la publicidad que se hace a los films y a los actores de cine, como tampoco se explica el por qué los directores de escena han de hablar de obras aún no terminadas, perjudicando de este modo sus intereses, pues se desflora casi siempre la obra, sirviéndola en pequeñas partículas a la curiosidad pública.

Cuéntase de él, que mientras se hacían las primeras escenas de «El Jorobado de Nuestra Señora de París» corría por la capital el rumor de que el artista que tenía a su cargo el papel de Quasimodo, había creado un tipo extraordinario. Los periodistas invadieron el estudio guiados hasta allí por el productor, que les había prometido impresiones sensacionales.

Cuando Chaney les vio llegar se escondió en su cuarto y no quiso recibir a nadie. Cuando todos ellos se habían marchado, salió Lon Chaney de su camerino furioso y desesperado, pateando la giba, la boca, los pómulos y todo lo postizo que le había servido para su caracterización y gritando desaforadamente:

—¡No los recibiré nunca! ¡Nunca! ¡Jamás plus!»

Al día siguiente todos los periódicos daban cuenta de la aventura, haciendo comprender a Lon Chaney la imposibilidad de evitar la curiosidad de los periodistas. Desde entonces se deja entrevistar, fotografiar, etc., con la mejor voluntad del mundo.

Se puede decir que este artista tan original debe parte de su talento a los *clowns* de la vieja Europa, por los que siente verdadera admiración. Cuando contempla un espectáculo de este género suele exclamar:

—Yo quisiera lanzarme a la pista y hacer cabriolas, saltos y muecas como esos buenos amigos míos.

Esto es lo que le incitó a filmar «El hombre que recibe el bofetón», película en la cual da vida a un clown amado del público, personaje en cuyo desarrollo llega su labor a la emoción dramática más intensa.

Mary y Douglas han terminado de filmar dos grandes producciones

La actividad de los Artistas Unidos es la mayor garantía del interés que ha de tener su próxima temporada de invierno. Estos artistas han acabado dos films que uno y otro no dudamos habrán de obtener un gran éxito cuando sean conocidos por nuestro público. Se trata de la película «Los gorriónes», interpretada por Mary Pickford, y del «Pirata Negro», cuyo protagonista corre a cargo del sin par Douglas Fairbanks.

Estos dos films tienen un formidable interés por el escenario en que se realizan y por la rara habilidad de los intérpretes que les llena de vida y emoción.

Cada uno de ellos, en su film respectivo, aprovecha todas las ocasiones para manifestar su talento y sus cualidades sin la menor negligencia. Douglas en el «Pirata negro» reúne en sí todas las mejores cualidades de «El hijo del Zorro» y «El ladrón de Bagdad», evitando los pequeños defectos que en ellos podían existir.

Mary y Douglas deben ser admirados no solamente por su talento, sino que también por su constancia en el trabajo y sus ansias de mejoramiento.

El perro prodigio, Pedro el Grande

El perro prodigio Pedro el Grande, acaba de ser víctima de un accidente. A consecuencia de una querrela que acaba mal, un individuo dispara dos tiros de revólver sobre el auto que conducía al entrenador del perro actor. Este entrenador, George A. Kempin, recibe la primera bala que perfora su sombrero; la segunda hiere desgraciadamente a

MARAVILLOSO

Y PRODIGIOSO INVENTO

LOS CABELLOS BLANCOS tomarán su primitivo color natural a LOS OCHO DÍAS de usar el INSUSTITUIBLE ACEITE VEGETAL MEXICANO, PREMIADO GRAN PRIX, CRUCES Y MEDALLAS. No mancha absolutamente nada y por esto se usa con las mismas manos, como cualquier BRILLANTINA. El uso de este ACREDITADÍSIMO artículo no es para teñir los cabellos de tal o cual color: es únicamente para devolver a los CABELLOS BLANCOS su primitivo COLOR NATURAL, CON TODA GARANTÍA, hayan sido éstos RUBIOS, CASTAÑOS O NEGROS, sin que nadie pueda ni imaginarse que estén teñidos. Se garantiza también que no se caen los cabellos con su uso. Concesionario: E. SARRA. Se vende en todas las perfumerías de España. Precio, 6 y 10 pesetas. Con uno de los de a 10 pesetas hay cantidad suficiente para un año de uso.

Pedro el Grande, el cual muere a los pocos instantes.

Kempin reclama a su agresor 75,000 dólares de daños y perjuicios por la pérdida de su empleo de entrenador y el ataque de nervios que ha sufrido.

En cuanto al perro, que pertenece a los hermanos Warner, es probable que su muerte deba ser compensada con una fuerte indemnización, pues estaba asegurado en una importante compañía de seguros.

Rápido ascenso de Karl Freund

El hecho más importante de estas últimas semanas es el que eleva a Karl Freund desde operador a jefe de producción de la «Fox Film Europa Produktion», de Berlín. Es esta la primera vez que un operador se eleva súbitamente a una tan alta situación a pesar de que habíase llamado la atención, muchas veces, sobre la capacidad de este hombre profundamente artista.

Lo que se debe saber para llegar a ser estrella

El trabajo de los «menagers» de estrellas y de los directores de publicidad, consiste en dar cuenta al público de lo que hacen cada día sus artistas.

Si damos fe a lo que nos dicen de los artistas, «menagers» y directores de publicidad, tendremos que creer que son criaturas excepcionales, construidas con arreglo a un modelo que se separa por completo de lo vulgar.

En efecto, se necesitaría ser un semidiós para hacer todo lo que hacen, desde que se levantan hasta que se acuestan, los artistas que tienen la suerte de conquistar el agrado del público.

Sin embargo, para cumplir los deberes que reclama su situación y para ser perfectos factores del cine, los que a él se dediquen, deben entrenarse cada día en cosas extraordinarias. Incluso aquel que posee justo renombre y que podría dormirse sobre sus laureles, debe aún, cuando ha de producir un nuevo film, aprender alguna actividad para él desconocida. Y es que los directores de escena son personas harto exigentes.

Es muy posible que sea el autor del argumento quien decida que su héroe deba de hacer un cigarrillo con una sola mano, mientras con la otra empuñará un revólver con que castigar al villano personaje que se opone a la realización de sus designios. O bien exigen que construyan sobre una mesa un castillo de naipes, o que tire el arco y coloque una flecha en el centro de un huevo, sin el menor truco. Puede pedir, asimismo, que el protagonista haga un pastel mejor que un pastelero de los más hábiles, o bien que realice una operación quirúrgica tan perfectamente como un profesor de operaciones de la Facultad de Berlín.

Recientemente, filmando *Monhattan*, Richard Dix debió encarnar el tipo de un ventrílocuo americano, y durante una larga temporada estuvo aprendiendo el manejo de los muñecos articulados, arte que no está al alcance de todos los seres, pues su manejo requiere condiciones especiales, difíciles de lograr sin una larga preparación.

En el mismo film, Richard Dix, debía aparecer como campeón de boxe de todas las categorías. El actor no había boxeado más que de *amateur*, y se preparó durante una temporada, haciendo varios *rounds* cada mañana con un veterano del «ring»: Gumboat Snits.

Popular Film

**le informará a usted
semanalmente de todas
las novedades cinema-
tográficas del mundo.**

Karl Freund es suficientemente inteligente para responder a todo lo que exige su nueva posición. El programa de sus producciones que acaba de ser publicado, promete mucho y él es hombre que sabe cumplir sus promesas.

Berthold Viertel, el «realisateur» de «La Perruca», será el director de escena de su primer film que retrata las aventuras de un billete de banco.

Karl Freund no tomará en su mano la manivela; por esta vez no hará más que dirigir la parte artística.

Para filmar «El Rey del Pedal», Biscot tuvo que estudiar a fondo el ciclismo, y él mismo se entrenó a fin de no hacer el ridículo al lado de los famosos ciclistas Bottechia y Alavoyné.

Ernest Torrence opina que el actor debe de interpretar exactamente al personaje al que da vida, pues no basta la semejanza, so pena de que el público desaprobe su labor.

Cuando interpretó este actor *Saltimbanqui*, hacía el papel de clown y quiso ser «jongleur» una temporada. Los que le vieron en este film, creyeron que había sido clown toda su vida. Es un grave error, pues únicamente se dedicó a ello unos meses antes de posar ante el objetivo, con una afición que no son capaces de tener muchos artistas.

Recordamos, en el mismo orden de ideas, las creaciones de Napierkouska, Constant Remy y de Santa Juana de *Les frères Zenganno*, donde estos excelentes artistas daban la impresión neta de haber sido toda su vida artistas de circo.

Andre Nox fué, asimismo, en *El Huérfano del Circo* un clown de una gran realidad.

Hace algunos meses, en Nueva York, reconocieron en un policeman que dirigía la circulación en una calle muy frecuentada, a Milton Sills, que ensayaba el modo de *meterse* en la piel de un policeman auténtico.

Muchas «estrellas» fueron antes bailarinas y otras llevan tomadas tantas lecciones de baile, que no es raro encontrar en cada estudio dos o tres profesoras de danza. Pero no basta con conocer los bailes de salón. Hace falta, además, que el artista muestre su talento en algún *ballet* o algún número de teatro o music-hall. Pola Negri ensayó durante

tres meses para bailar el fandango en «La bailarina española».

Hace algunos años, Gloria Swanson estuvo una larga temporada de dependienta en un almacén para habituarse a la venta comercial.

Vestida con un humilde traje negro y desfigurada con una peluca rubia y unos lentes, Gloria hacía el efecto de una dependienta auténtica. Únicamente dos empleadas del mismo almacén conocían la verdadera personalidad de la célebre «estrella».

«Durante las primeras horas — dice Gloria cuando relata esta aventura — las cosas fueron bien; pero de pronto alguien exclamó mirando mi peluca: «¡Qué idea ha tenido esta joven! Esos no son sus cabellos!»

«Creí que había sido reconocida. No obstante, por si acaso me equivocaba, expliqué que a causa de una enfermedad había perdido mi cabello, viéndome obligada a usar peluca.

«Después del desayuno, una empleada, que durante éste me había observado con atención, me dijo que tenía cierto parecido con Gloria Swanson. Yo le contesté que Gloria Swanson es mucho más alta que yo. Sin embargo, creo que no la convencí.»

Rod La Rocque, tenía que desempeñar el papel de director de una gran industria, en una película de Cecil B. de Mille y para estudiar el tipo buscó trabajo en una importante refinería de azúcar, donde estuvo tres semanas como escribiente.

Para su creación en «Don Q., hijo del Zorro», Douglas Fairbanks tuvo necesidad de aprender el manejo del látigo que se usa en Australia, lo que le costó no poco trabajo hasta adquirir la necesaria habilidad.

Gaston Jacquet, Joubé, Modot y Aimé Simón Gerard, pasaron muchas semanas aprendiendo la esgrima antigua para aparecer luego en «El Jorobado Jean Angelo», «Surcouf», «El milagro de los lobos» y «Los tres mosqueteros», sucesivamente.

Como se ve, para llegar a ser estrella de la pantalla, hay que aprender muchas cosas, aparentemente poco prácticas, cuando no inútiles, para el artista.

Proyecciones

«Mare nostrum»

Está ultimándose el montaje de esta película, que sólo el saber que está dirigida por Rex Ingram y que figuran como protagonistas Alice Terry y Antonio Moreno, ya nos dice que se tratará de una producción extraordinaria.

«La Bohème», de la Metro Goldwyn

Lillian Gish, la creadora de tantas producciones de éxito, se presentará al público de Barcelona, encarnando el sentimental papel de Mimí, en la obra de Muset.

CARTELES DE CINE

MANUFACTURA GENERAL DE IMPRESOS - LITOGRAFÍA

REPRODUCCIONES DE
ARTE - CATÁLOGOS
CROMOS - FACTURAS

Teléfono
n.º 674 G.

PAPEL DE CARTAS-TAR-
JETAS Y DEMÁS TRA-
BAJOS COMERCIALES

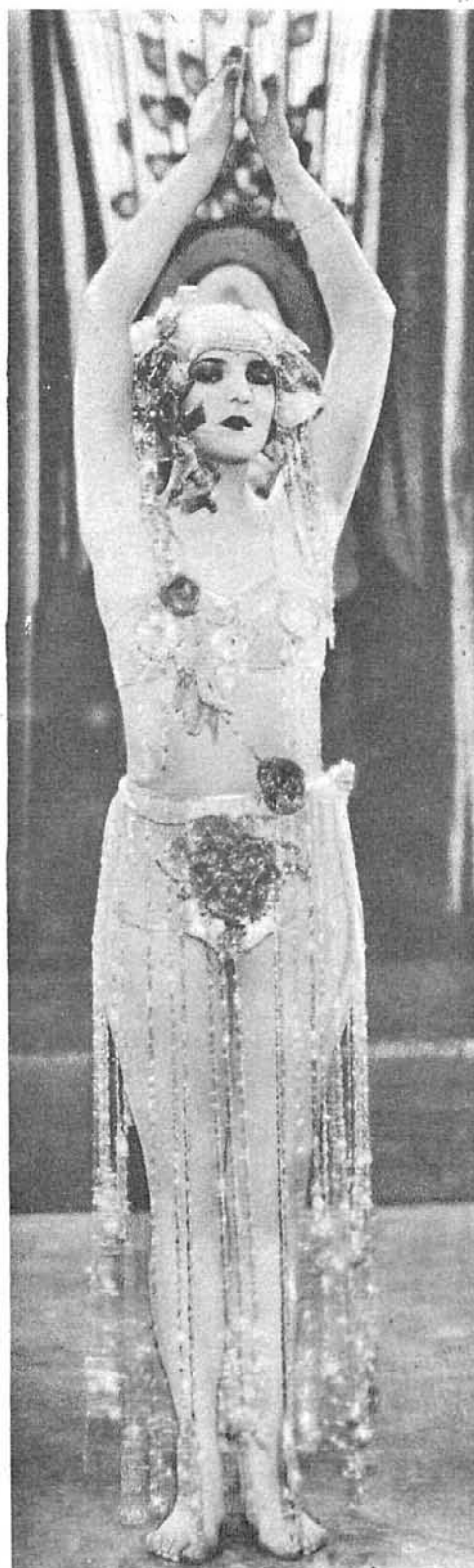
R. FOLCH Villarroel, 223 - París, 130
BARCELONA

LA MODA EN EL CINE

Influencias que sobre la moda femenina ejercen la luz del sol, el temperamento y la raza

Oriente y Occidente, han vivido en pugna desde los tiempos más remotos, hasta nuestros días al igual que sus opuestos Norte y Sur.

Si damos un paseito por la historia, encontraremos en ella pruebas a millares, que justifiquen nuestra opinión y que demuestren a nuestras lectoras la verdad de nuestros asertos. Examinemos muy a la ligera el Oriente antiguo, cuna de la humanidad y hagamos unas pocas comparaciones con objeto de establecer puntos de vista verdaderos.



Vigian Vernon simboliza el tipo oriental



Edna Wheaton es el prototipo de las bellezas occidentales

Uno de los pueblos más antiguos del Asia y quizá el más civilizado, allá por el siglo XIII (a de J), fué la China. Si hemos de creer a Marco Polo, la civilización de la China en aquel entonces asombraba: sus fábricas de porcelana, sus sedas, sus perfumes, sus especias, cayendo sobre Persia, Babilonia, Arabia y Grecia dieron al traste con sus energías, llevándoles a la vida fastuosa y muelle que prepararon su éxodo fatal, y que al caer en manos de las manufacturas de Sidón y Tiro fueron lanzadas a Occidente por fenicios y griegos que ya conocían cuán tentadores lazos son los de sirgo para los pueblos no acostumbrados a otras caricias que las que sobre su cuerpo ponían las pieles mal curtidadas y los mal trenzados lienzos con que se adornaban.

Occidente había sufrido desde aquel entonces las inmigraciones de los pueblos del norte; pueblos amantes de la guerra y con un perfecto desconocimiento de la línea; pueblos sucios que desconocían el valor de la ablución y venían a unir su suciedad a nuestra poca limpieza; pueblos cuya indumentaria astrosa y de apagados tonos apenas se preocupaban de otra cosa que no fuese los hierros de sus lanzas de combate.

Cuando después de ellos Occidente recibió la visita de los hijos del sol y de la luz, se cegó ante el contraste y comprendió la belleza de la línea y del color y comenzó a dejarse acariciar por la seda que comprara con sus plácidos vergeles y su libertad. Pero duró poco el hechizo que no logró envenenarle del todo... Otra vez el Norte, a caballo de su frenético impulso, cambió las sedas por los cueros, y los ópalos por los broncees, y así continuaron luchando los mortales enemigos, unas veces vencidos y otras vencedores.

Hoy estamos, al parecer, en el reinado de la luz. Las mujeres del siglo XX en eso de adorar a la línea, no tienen nada que envidiar ni a las danzarinas de los imperios asiáticos ni a las vestales de la Grecia pagana. Sus vestes sencillas de graciosos vuelos, nos dejan percibir, tras de su débil trama, lo que un día constituyó motivo de suprema adoración.

El mundo entero civilizado sufre hoy esta influencia de la luz, claro se está que con mayor o menor intensidad según las características raciales y el temperamento, pues es muy lógico que bajo un cielo gris, no quepan las manifestaciones que son propias de los pueblos que alientan bajo los cielos turquíes. Pero esto se refiere únicamente al triunfo del color o a la mayor o menor preponderancia de los tonos del iris; con respecto a la forma, todos viven influenciados por el mismo vehemente triunfo de la línea.

Esto último es fenómeno general con variaciones insignificantes según los momentos. Lo anterior, es decir, la cuestión de tonalidades depende de lo expuesto primeramente, pues es indiscutible que una sajona de rubia melena y ojos garzos habrá de sentirse arrastrada por los tonos claros, por los armiños, los rosas y los pálidos azules; en tanto que una meridional de ojos negros y cabellera bruna se sentirá presa en los rojos sangre, en los azules eléctricos y en los negros ala de cuervo. La primera bien puede tener por símbolo una rosa de te; la segunda le tiene en un clavel reventón o en una rosa de Alejandría; pero ambas se hallan influenciadas por el orientalismo que en nuestros días eleva sobre su frente la llama inmortal de la victoria.

MISS GLADYS

Museo fotográfico de POPULAR FILM



LON CHANEY

el actor de las maravillosas y sorprendentes caracterizaciones

Popular film

Estreno en Eldorado de Muntanyes del Canigó

Después de leer los descomunales elogios que han dedicado ciertos críticos a «Muntanyes del Canigó», sería lo más prudente, por nuestra parte, romper la pluma y dedicarse a otro menester que el de escribir para el público. Porque si se ha de admitir que el público es tan necio como esos críticos lo pintan, no vale la pena de molestarse en escribir para él. Sin embargo, sospecho que el necio no es precisamente el público y sigo adelante, pluma en ristre, por este campo llano de las cuartillas, seguido de mi Sancho, la Verdad, que aunque tiene nombre de mujer, es macho por esencia y potencia.

Para que no se dé a mis intenciones una interpretación torcida, atravesada y malévol, me anticiparé a declarar, que siento por el autor de la comedia, Alfonso Roure, una viva simpatía y que lo tengo en gran estima literaria. Pero precisamente por esto, estoy en el deber de decirle que «Muntanyes del Canigó» es una equivocación no pequeña. Si yo declarase que es una perla del teatro catalán, que es una maravilla, aparentemente lo halagaría y hasta es muy posible que él me lo agradeciera más que este tono de sinceridad que doy a mis palabras; pero en el fondo, ahondando en la intención, se vería cómo lo que por su forma externa parece elogio es una censura, puesto que lo creería incapaz de hacer una comedia de más fuste que «Muntanyes del Canigó».

Que es lo que íntimamente se dicen esos críticos: «Muntanyes del Canigó» es una comedia mala, pero dentro de las posibilidades dramáticas del amigo Alfonso Roure, viene a ser su obra definitiva. Hay que alabarla, pues, en grande, porque no tendremos otra ocasión de hacerlo.»

No. Yo no quiero contribuir a que Alfonso Roure, que tiene condiciones para triunfar en el teatro, crea que «Muntanyes del Canigó» es una gran comedia y tome un camino que no va a ninguna parte. Es mucho más honrado decirle la verdad para que en sus obras sucesivas corrija los defectos que abundan en ésta.

Hay que tener más respeto al público y al camarada, señores del botafumeiro, del incensario y del bombo. Y también más amor por el teatro catalán, que no puede salvarse con equivocaciones como «Muntanyes del Canigó».

Los artistas de la compañía Vila-Daví, interpretaron la comedia de un modo admirable. Sobre todo, merecen alabanzas Pío Daví, Alejandro Noya y María Vila, que si no abusara tanto del tono lacrimoso, sería una actriz enorme.

M. S.

LA ESCENA MUDA

Proyección de prueba de «La viuda alegre»

La semana pasada asistimos en Pathé Cinema a la prueba privada de «La viuda alegre», producción Non-Plus-Ultra de la Metro Goldwyn.

Por esta vez el calificativo es justo. «La viuda alegre» es una gran película, una película que une a un argumento interesantísimo, que no pesa en ninguna escena, una fotografía espléndida, una presentación adecuada, con los interiores llenos de carácter y con los exteriores bien ambientados, y, por encima aún de todo esto, tan digno de encomio, de una interpretación tan admirable, que difícilmente puede ser superada en ningún film.

Mae Murray, la deliciosa estrella norteamericana, que tan bien sabe idealizar su figura y aumentar la belleza de su rostro, quedando artísticamente desenfocada o velando el encanto de su cuerpo y de su cara, con un cristal biselado, que la desdibuja apenas, interpreta el principal papel femenino de «La viuda alegre» de un modo magistral.

John Gilbert, en el de Príncipe Danilo, realiza una de sus más estimables creaciones. Su gesto, siempre sobrio, expresa con justeza sus sentimientos. Ha sido un acierto del director de este film, encargar a tan excelente artista de un papel tan difícil como éste, en el que se pasa de la burla y la chanza a la cólera y al dolor varias veces, durante el desarrollo de la obra.

Los actores encargados de la interpretación de Príncipe Mirko, rey Nikita y el barón, también nos han causado una impresión excelente.

Magnífica la escena del desafío, en la mañana neblinosa de un día parisino. La niebla pone sobre las figuras como una pátina de cuadro antiguo.

La música que ilustra toda la película, da mayor realce a la acción.

Películas como «La viuda alegre» se ven pocas en el blanco lienzo.

La Metro-Goldwyn tendrá sin duda, cuando se estrene, uno de sus más grandes y legítimos triunfos.

EL ESPECTADOR SILENCIOSO

Nuestra portada

La linda artista de la pantalla que exorna la portada del presente número, es Jacqueline Logan, intérprete de «Leyes de las sierras», de la Paramount, que se estrenará pronto en un aristocrático cine de nuestra ciudad.

También en Portugal hay crisis

Los periódicos portugueses hablan de la crisis teatral. Y achacan ésta a los múltiples tributos que pesan sobre el teatro.

En Lisboa, la mayoría de los locales dedicados al culto de Talía, han tenido, por la causa antedicha, que cerrar sus puertas. De los pocos que funcionan, cuatro cultivan la revista, que es el único espectáculo que atrae al público.

Lo mismo que aquí. Y es que los portugueses, igual que los españoles, opinan que a falta de ideas en el teatro, buenas son las mujeres guapas y aligeradas de ropa. Y acaso, unos y otros, tengan razón.

Tina Meller, artista de la pantalla

En el reparto de «Miguel Strogoff», película basada en la obra de igual título, de Julio Verne, y que será distribuida en España por la casa Gaumont, figura una compatriota nuestra: Tina Meller.

Tina desempeña en «Miguel Strogoff» el papel de Sangarra, la bailarina, y a juzgar por las referencias que hace de esta producción la prensa francesa, Tina Meller se revela en ella como una gran artista de la pantalla. Naturalmente, Tina no puede tirar por los suelos el prestigio del apellido que lleva. ¡Habría que oír a su hermanita!

Estafeta

Señores Eduardo Martínez, Agustín Delgado y Roberto Barros. — Ciudad. — Les agradecemos los elogios que hacen de nuestra revista y procuraremos seguir mereciéndolos cada día más.

C. Puertas de Baldo. — Bilbao. — No siendo posible atender de momento su petición, tomamos nota de ella para si se presenta ocasión oportuna.

Pito y Nitus. — Ciudad. — Agradecemos sus indicaciones y ofrecimiento, pero nuestro proyecto, respecto a esa página, difiere algo del suyo y lo llevaremos adelante en el momento preciso. Comprenderán perfectamente que no íbamos a meternos en una aventura, sin antes saber adonde nos proponemos ir.

Jaime Giu. — Esplugas Francés. — Envíe dos pesetas y media por giro postal o en sellos de correo y le mandaremos la revista durante un trimestre.



Depósito general para España: Establecimientos DALMAU OLIVERES, S. A.: Paseo Industria, 14, Barcelona

KALMINE

EL MEJOR SELLO
CONTRA EL DOLOR

Laboratorio P. METADIER TOURS

De venta en todas las buenas farmacias
y droguerías de España.

Argumento de la semana

“EL VINO”

Exclusiva Hispano American Film
por Clara Bow

I

En la señorial morada de Jhon Warriner, se celebraba aquella noche una fiesta esplendorosa con motivo de la presentación en sociedad de Angela Warriner, hija de los dueños de la mansión.

Sobre los Warriner, aristócratas de rancio abolengo, pesaba mucho la tradición, el recuerdo de sus antepasados y los rancios pergaminos que daban fe de su pureza de casta. Es decir, que estaban llenos de prejuicios y preocupaciones sociales, manteniendo con todo esmero las diferencias de clase, cosa absurda, y si se nos permite, ridícula, en esta época democratizada por las costumbres y por la quiebra económica de muchas casas blasonadas que dejan al lado necios escrupulos y buscan el cruce con sangre plebeya, cuando el que la lleva en las venas es uno de esos nuevos ricos.

Sin embargo, Jhon Warriner no transigía en este punto. A sus salones no tenían acceso mas que determinadas personas que ocuparan lugar previamente en sociedad, por sus blasones, por su riqueza o por su fama.

Así, se reunieron aquella noche en la morada de los Warriner los que formaban la crema de la sociedad yanqui. Damas linajadas, muchachos bien, caballeros con representación en la banca, en la industria y en la aristocracia, jóvenes distinguidos; lo más *chic*, en fin, de Nueva York. Había, sin embargo, en los salones, un tipo desconocido para la mayoría de los invitados. Introdujo a este tipo la señora Bruce Corwin, muy conocida en la buena sociedad, y se hacía llamar conde Montebello. El tal conde era de modales toscos, y al ser presentado a Angela retuvo su mano largo rato sacudiéndole el brazo violentamente y haciéndole una reverencia ridícula y lacayuna. No obstante, no hizo sospechar que fuera un aventurero, como en efecto lo era. El nombre de conde Montebello era falso, pues se llamaba Benedict, nombre de origen completamente plebeyo. Bajo el sonoro título se ocultaba el contrabandista de licor, que en este sentido merecía llamarse, no conde, sino rey del contrabando.

Angela estaba resplandeciente de alegría. Su juventud, su belleza y su candor, atraían las miradas de todos los jóvenes, especialmente las de Carlos Graham, su amigo de la infancia y su más discreto y firme adorador. Pero Angela no tenía malicia aún para interpretar aquellas miradas que resbalaban sobre su hermosura sin comoverla lo más mínimo.

Seguendo una costumbre, ya tradicional, el jefe de la familia bailó el primer baile con su hija, sin que hubiera en el salón más pareja que ellos. Cuando terminaron, Angela se apoyó en el brazo de su padre, al que dijo:

—¿Qué contenta estoy, papá! Eres muy bueno conmigo.

Jhon Warriner sonrió con amargura, reflejando un segundo en su rostro la inquietud que agitaba su espíritu. Pero nadie se apercibió de lo que reflejaba esta sonrisa. Warriner dejó a la joven con su madre y salió del salón.

Harry Van Alstyne, perteneciente a una de las familias más ricas de Nueva York, declaró a sus amigos:

—Me estoy aburriendo como una ostra!
—¿Y yo? — respondieron los demás.
Entonces Harry Van propuso:
—¿Queréis que nos alegremos?
—¡Naturalmente! — contestaron a coro los otros jóvenes.

—Hay una manera de conseguirlo — apuntó Harry.

—¿Cuál? — repuso uno de los otros.
—Escuchemos disimuladamente del salón y convencer al guardián de la ponchera, que está en el vestíbulo, para que nos deje solos — dijo Harry.

—Eso es, y camemos sobre la ponchera de licor hasta vaciarla! — exclamó uno.

—Pues en marcha — observó otro.

En efecto, Harry Van y sus compañeros de crápula fueron saliendo del salón aparentando naturalidad para disimular mejor sus intenciones.

Al mismo tiempo, Carlos Graham se acercó a Angela, y distanciándose un poco con ella del grupo formado por las damas y las muchachas, le dijo entusiasmado:

—Sabes que te has convertido en la doncella más bonita del mundo, Angela?

—De veras, Carlos? — respondió la inocente joven.

—Mira si hablo con sinceridad, que desde mañana ponga sitio a tu corazón hasta que se rinda a mi cariño — le declaró Carlos.

II

Al ver la torpeza con que se conducía el titulado conde Montebello, la señora de Bruce Corwin, que ya dijimos fue su introducción, salió con él al jardín para advertirle:

—Procure usted pulir sus maneras si quiere lograr que el señor Warriner atienda sus peticiones. Es orgulloso, y si notara por sus modales que no es usted el conde Montebello, sino simplemente el ciudadano Benedict, lo mandaría arrojar de su casa, sin querer escucharlo.

—¿Pero que he de hacer, amiga mía? — inquirió el falso conde.

—Contenerse un poco, ser discreto, saludar así, con una ligera inclinación de cabeza, no limpiarse las uñas en público, como empezaba usted a hacerlo en el salón y, en fin, no cometer groserías — le informó la señora de Bruce Corwin con voz destemplada.

Benedict, o el conde Montebello, ensayó la manera de saludar y volvió a entrar en el salón, seguido de la señora de Bruce Corwin.

Mientras tanto, Harry Van y sus amigos habían entrado en el vestíbulo, de paso al jardín, donde sobre un velador, colocado en el centro de la pieza, estaba la ponchera de licor. Se acercaron al fámulo encargado de servir las copas de ponche, desfilando por delante de él, como si se dirigieran al jardín. Uno de ellos dejó caer al suelo un enorme veguero, como si se le hubiera caído del bolsillo del smoking al sacar el pañuelo. El sirviente recogió el tentador cigarrillo, llamando la atención al joven que lo había perdido. Este, volviéndose hacia el criado, le dijo a media voz:

—Quedatelo, te lo regalo.
—Muchas gracias, señorito.
—Pero salte al jardín a fumárselo. No tengo mas que ese y le darías envidia a mis amigos.

—¿Y si viene alguien mientras tanto? — inquirió.

—No es probable, pero en todo caso yo te avisaría.

El incauto sirviente se alejó confiado en dirección al jardín para saborear allí a su placer el espleudado cigarrillo que le había regalado el generoso joven.

Y allí fue ella. El grupo de muchachos cayó sobre la ponchera como furias, bebiendo como esponjas, aunque desconocían la *chica frase* de Petronio, de que vive más el vino que el hombre, de modo que debemos beber como esponjas. Cuando hubieron tragado más de la cuenta, Harry Van, que llevaba siempre la voz cantante, habló así:

—Creo que para divertirnos mas, deberíamos emborrachar a las muchachas.

La desvergonzada proposición de Harry entusiasmó a sus amigos.

—Eres el único para estas cosas!

—¿Qué tío!

—¿No hay quien te gane en travesura de ingenio! — le alabaron.

Pero había que empezar por atraer a las chicas al vestíbulo, y uno de ellos se prestó para hacer de gancho. Al poco rato, todas las muchachas que estaban en el salón, incluso Angela Warriner, rodeaban la ponchera. Como Angela hiciera ascos al licor, Harry Van la animó:

—¡Bebe tú también, Angela! Nosotros lo hacemos para festejar tu entrada en sociedad.

—¿Si no te puede hacer daño, tonta! — le dijo una de sus amigas, que ya se había echado entre pecho y espalda algunas copas de ponche.

Angela bebió un sorbo con repugnancia, pero ante la insistencia de todas, apuró la copa y otra después. Sus ojos se animaron extraordinariamente, se colorearon sus mejillas y se le entorpeció un tanto la lengua.

Al oír el *«jazz»*, allá en el salón, un *«shimmy»*, empezaron a bailar en el vestíbulo y hasta hubo mozo que besó con todo desenfreno a su pareja, sin que ella protestara, antes al contrario, recibiendo con gusto aquel ardiente homenaje a su belleza y a su juventud. Harry también intentó besar a Angela, que desprendiéndose de sus brazos, le arrojó a la cara una copa de licor.

Sin embargo, olvidó pronto la ofensa y el incidente y salió con el atrevido joven al jardín, yendo a sentarse a un banco, pues estaba aturdida.

Ya sentados, le preguntó Harry:

—¿Cuántos novios tienes, Angela?

—¿Yo? Ninguno — repuso la muchacha riendo.

Harry la cogió la barbilla con suavidad, exclamando:

—¿Que inocente eres!

Le tomó la diestra, estampando un beso en ella. Luego, el muy ladino, inquirió:

—¿Te gustaría tener novio?

—No sé. ¿Como ignora lo que es eso!

—La dicho, Angela, eres de una inocencia inrompreñable — afirmó Harry, añadiendo: — Todas las muchachas bonitas, y tú lo eres mucho, deben tener novio. No hay placer mayor en el mundo.

—¿Por qué? No me explico ese placer — contestó la encantadora joven, a la que el alcohol ingerido la iba animando.

Harry la besó en el rostro, sin que esta vez protestara ella.

—Esto hacen los novios, besarse. ¿No te gusta ser besada? — preguntó el libertino.

—Sin duda — replicó la inocente.

Harry, entonces, estampó un beso en aquellos labios, rojos y fragantes como un clavel.

Pero al divisar Angela a su madre, que extrañada de no verla había salido al jardín, se levantó del banco echando a correr hacia ella.

La señora Warriner había visto la escena, pero sólo dijo a su hija que se marchara al salón. Y cuando la joven hubo obedecido, la señora Warriner se acercó a Harry, que permanecía en el banco, para afearle su conducta.

—¿Es usted un canalla!

—¿Señora, yo! — balbuceó Harry completamente turbado.

—Sí. Repito que es usted un canalla, abusando de la inocencia de mi hija. Y no le arrojé a usted ahora mismo de mi casa, por miedo al escándalo que esto provocaría; pero en lo sucesivo no será usted admitido en ella — dijo la señora Warriner con acento indignado.

Luego le volvió la espalda con desprecio.

De vuelta en el salón la señora Warriner, se le acercó el falso conde Montebello, afeccionado por la señora de Bruce Corwin, dedicándole una torpe galantería y rebatiéndole algunas aventuras inocentes de sus viajes a Europa, que a la señora Warriner le hicieron sonreír, no por la gracia que tuvieron, sino por la burda manera con que el conde las relató.

Harry Van, que había entrado en el salón, vio a la señora Warriner hablando con el titulado conde, y se mostró sorprendido. Al cruzar por delante de ellos, el aristócrata de *doublet* se volvió hacia el joven saludándolo con un apretón de manos. Pero Harry, que estuvo poco cortés con el conde, como si no le concediera ninguna importancia social, se separó en seguida de él, y al notar que también la señora Warriner se alejaba, se aproximó a ella para lamentarse.

—Me extraña mucho, señora, que me haya usted tratado con tanta dureza por haberme permitido tener un pequeño *«memento»* con su hija, y que, en cambio, se muestre tan amable con un aventurero como ese impostor.

—¿A qué impostor se refiere usted, joven? — preguntó agriamente la dama.

—A Benedict — repuso Harry.

—No le conozco.

—¿Cómo no si acaba usted de separarse de él?

—Ese es el conde Montebello — aseguró la señora Warriner.

—Así se hace llamar Benedict, en efecto, señora; pero no tiene más título verdadero que el de contrabandista de licores — contestó Harry dejando absorbida a la dama.

La señora Warriner salió nuevamente al jardín donde estaban algunas de sus invitadas, y llamando con un fútil pretexto a la señora de Bruce Corwin, le dijo:

—Estoy enterada de que el individuo que usted me ha presentado como conde Montebello es un contrabandista. Podía usted haber calculado a lo que se exponía con ese *«subterfugio»*. Ahora mismo se lo comunicaré a mi esposo para que ordene que arrojen de esta casa a ese impostor.

La señora de Bruce Corwin, sin alterarse lo más mínimo, replicó:

—Mi intención no ha sido mala, señora Warriner. Si les he presentado al falso conde Montebello, ha sido únicamente por salvarlos a ustedes. El conde o Benedict necesita del apoyo de una persona tan influyente como su esposo para que la policía no se meta en su negocio, y a su marido de usted le conviene una amistad como la del poderoso contrabandista de licores para salvarse de la ruina.

El asombro de la señora Warriner, al oír estas palabras, fué enorme. Pero acostumbrada al disimulo en sociedad no dejó traslucir su asombro, y repuso con forzada sonrisa:

—¿Usted perdona, amiga mía, lo que le he dicho anteriormente, y le ruego que lo olvide. Debo, por el contrario, agradecerle su interés por nosotros.

Se separaron, y mientras la señora de Bruce Corwin iba a darle a Benedict la buena nueva, la señora Warriner buscaba desolada por toda la casa a su esposo.

III

Jhon Warriner, después de bailar con su hija, había ido a refugiarse a su biblioteca. Cuando llegó su esposa estaba materialmente hundido en un amplio sillón en la actitud del hombre que tiene el cerebro lleno de ideas negras. Ni siquiera advirtió la presencia de su mujer, que acercándose a él, le preguntó:

—Jhon, ¿es cierto que estamos arruinados?

—Sí, desgraciadamente es cierto. Os lo quería ocultar hasta el último momento, pensando que podría rehacer nuestra fortuna; pero ya no tengo la menor esperanza de conseguirlo. Hasta en esta casa ha clavado ya sus garras la usura — confesó el aristócrata con desaliento.

Su esposa, al verlo tan decaído, consiguió dominar su propia emoción, y dijo para animarlo:

—No te acobardes, Jhon. Creo que pronto podré yo solucionar esta situación. Anda, vamos abajo, porque ya han notado tu ausencia, y conviene que no se extienda la noticia de nuestra ruina que, te lo repito, no es irreparable.

Jhon, que necesitaba de palabras reconfortadoras, abrió su espíritu a la vacilante luz de una esperanza, y cogiendo del brazo a su esposa, que acababa de darle una lección de energía y de optimismo, bajaron al jardín.

Carlos Graham aprovechaba todas las ocasiones propicias para hablar a solas con Angela. Vio a la preciosa joven en el jardín, sin moscones a su alrededor y se acercó a ella, tomando los dos asiento en un banco.

Angela, a la que le duraban aún los efectos del ponche, exclamó:

—¿Tengo una alegría, Carlos!

—¿Por qué? — preguntó él.

—Por la fiesta de esta noche... por todo. ¿No sabes que Harry Van me ha besado hace poco en este mismo lugar? Dime, Carlos, ¿es malo desear que la besen a una?

—¿Harry es un miserable!



Sin embargo, al contemplar el rostro candoroso de la muchacha, cogió su diestra y reteniéndola entre las suyas, comentó:
—¡Eres muy buena, Angela! ¡Muy buena... y muy ingenua!

Comenzaron a marcharse los invitados, y cuando lo hizo Harry Van, la señora Warriner lo detuvo en la puerta, y tendiéndole la mano, le dijo:

—Le ruego, Harry, que no tome en cuenta mis palabras de esta noche, y que venga siempre que guste a esta casa, en la que será bien recibido.

Y al despedir al falso conde Montebello y a la señora Bruce Corwin, les invitó:

—Mañana les esperamos a la hora del té. Creo que mi esposo accederá a sus deseos, señor conde.

En los planes de la señora Warriner para salvarse de la ruina, el orgullo de casta quedaba muy malparado.

IV

Al día siguiente, Benedict acudió solo a la suntuosa mansión de los Warriner, mucho antes de la hora del té, pues para un individuo de su condición, no existían normas sociales.

Jhon Warriner estaba en su biblioteca, meditando en su desdichada situación, cuando su esposa le anunció la visita del contrabandista de licores, Jhon negó a recibirlo. La idea de asociarse a un hombre que vivía de burlar la ley y que era inferior a él en nacimiento, le repugnaba.

—Prefiero la vergüenza de la ruina a tener que entenderme con un tipo tan grosero y de tan baja condición como ese granuja que trata de cubrir su piedad con un título aristocrático que no le corresponde — declaró.

Su esposa replicó con viveza:

—Lo más espantoso y lo más indigno es la miseria, Jhon. Piénsalo y acepta la alianza que ese hombre te propone.

—¿Y eres tú la que me aconseja una cosa así? — inquirió indignado el aristócrata.

—No te exaltes Jhon. Piensa que no tienes derecho a matar las ilusiones de nuestra hija, a truncar su porvenir, que ella ve de color de rosa, y que nuestra ruina tinte de negro. ¿Serás capaz de entristecer su juventud con la miseria, por un escrúpulo de clase? ¿Vale más tu orgullo que tu hija?

Estas palabras, pronunciadas con energía, vencieron los escrúpulos y domaron el orgullo aristocrático de Jhon. Se volvió hacia su mujer, y dijo sordamente:

—Vámonos.

Salieron juntos de la biblioteca encaminándose al salón donde Benedict comenzaba a impacientarse. El aventurero alargó su mano ancha y peluda para estrechar la del aristócrata, que no correspondió, de momento, al ademán. Pero una mirada de su esposa le obligó a claudicar por completo, y posó su mano en la diestra del contrabandista, al tiempo que decía:

—Acepto esa alianza que usted propone.

—Lo esperaba porque es beneficiosa para los dos — repuso Benedict con naturalidad.

El pacto estaba hecho.

A partir de aquel instante empezó una vida agitada y loca para la familia Warriner. Las puertas de su mansión se abrieron para toda clase de gente, hasta la más absurda y peligrosa.

Jhon Warriner, su esposa y Benedict, pasaban las noches de cabaret en cabaret y de dancing en dancing, y en todos los establecimientos en que se hace consumo de licor, para promover la venta del artículo.

Harry Van Alstyne, vicioso y cretino como pocos, aprovechó la nueva postura social de los Warriner, a los que veía de noche en todos los lugares donde se rinde culto a Baco y a Venus, para pervertir a Angela, a la que deseaba ardientemente.

La joven, influida por el ambiente que la rodeaba y con entera libertad de sus actos, pues sus padres no se cuidaban en absoluto de ella, se dejó conducir por los caminos del vicio y de la degeneración a los que la arrastraba Harry sin que la muchacha se diera exacta cuenta de lo que aquello significaba.

Angela no veía más que el aspecto alegre y brillante de aquellas fiestas. Y como era Harry Van quien la llevaba de la mano a este nuevo mundo, cuya existencia no había sospechado ella, se iba olvidando insensiblemente de Carlos Graham, que la amaba con un amor puro y desinteresado.

Por la noche Harry llevó a Angela a un cabaret, en el que estaban sus amigos acompañados de varias muchachas de la buena sociedad, tan perversas como ellos. Se sentaron todos en torno a una mesa en el foyer. Abajo cenaban y bebían copiosamente también, Jhon Warriner, su esposa, Benedict y el Duque, un aristócrata crapuloso al que sólo se le nombraba por el título. Los Warriner ignoraban que Angela estuviera allí, pues la creían en su casa. La joven protestó débilmente de que Harry la hubiera conducido a semejante lugar, en parte por un resto de pudor y en parte también por el temor de que sus padres descubrieran las andanzas y aventuras en que se había metido, pues los vio inclinándose sobre la barandilla.

En la rotunda, actuaban las girls con sus exóticos bailes y con sus picantes cancioncillas.

Como Angela se mostrase muy parca en la bebida, uno de los que alternaban con ella exclamó:

—Esta es Roma y nosotros somos buenos romanos. Tú, Angela, también eres romana, pero no te portas como tal. Estás atrasada en la bebida.

Y la hicieron beber hasta marearla. Menudeaban los brindis, los abrazos, los besos, el escándalo. Harry se aprovechaba bien, besuqueando cuanto quería a Angela, que mareada por el alcohol y por el ambiente, correspondía a sus caricias con la mayor naturalidad.

Carlos Graham, que no lograba olvidarse de Angela, fue a casa de esta con el propósito de hablar con ella seriamente, a fin de evitar que, influida por el nuevo modo de vivir de sus padres y por la amistad de Harry, cayera en la degradación. La sabía buena y candorosa, pero alocada y sin voluntad.

Al enterarse por el criado que lo recibió, de que Angela se había marchado al cabaret en compañía de Harry Van en un automóvil de los Warriner, Carlos exclamó:

—¡No es posible que Angela concorra a sitios como ese!

—Le aseguro que sí, señorito. Ese se lo puede confirmar — insistió el fámulo señalando al chófer que había llevado a la pareja.

—Sí, señorito, yo mismo los he conducido — confirmó el chófer.

Carlos no quiso oír más y marchó disparado hacia el cabaret.

Cuando llegó el joven, la juerga estaba en todo su apogeo.

Carlos subió de cuatro en cuatro las escaleras que conducían al foyer. En aquel momento, Harry rodeaba el cuello de Angela con un brazo, en desordenada caricia. Carlos, acercándose a la mesa, gritó a la joven:

—¡Sal conmigo de aquí, Angela!

—¿Y por qué me de irme? — inquirió Angela.

Harry retenía a su presa, dispuesto a defenderla; pero Carlos los separó bruscamente, y descargó su puño con violencia sobre el rostro congestionado de Harry, que fue a chocar contra una de las paredes. Luego agarró a Angela por la cintura para sacarla de allí a viva fuerza. Al verlo, Harry se repuso, abalanzándose a él como una fera. Lucharon unos segundos ambos jóvenes, hasta que el encargado y los camareros lograron separarlos. Pero para que la fiesta terminara en paz, permitieron que Carlos se llevara a la muchacha, lo que logró sin que los padres de ella se dieran cuenta de quienes eran los protagonistas de aquel escándalo.

A la mañana siguiente, Angela recapacitó lo que había hecho la noche anterior, y comprendiendo la gravedad de su falta, escribió a Carlos Graham pidiéndole que la perdonara y que fuera a verla en seguida. Envío la carta con una doncella, y por la tarde, en vista de que Carlos no se presentaba, volvió a escribirle, apremiándole más para que se presentara en su casa. Esta carta tampoco dio resultado, y por la noche telefoneó; pero el joven no estaba, según la informó el criado de Graham.

Angela creyendo que Carlos la despreciaba, dejóse convencer de nuevo por Harry Van, que le avisó por teléfono de que la aguardaban en un reservado del cabaret, donde nadie podría interrumpirlos y donde se divertirían de lo lindo.

Acudió la muchacha al cabaret, y ya en el reservado, alguien propuso jugarse al bacarrat las prendas que llevaban puestas. De este modo fueron quedándose los perversitos jóvenes de ambos sexos, casi en paños menores; lo que dio lugar a que las muchachas dejaran al aire sus brazos y parte del pecho y de las piernas, con gran contentamiento de sus acompañantes, que así recreaban la vista con encantos que antes les habían estado vedados.

Al volver Carlos a su casa, se enteró de las cartas y del recado de su amada, y fue en su busca, sabiendo que había vuelto al cabaret, adonde se dirigió presuroso.



VI

Al café en donde se encontraban el matrimonio Warriner, el Duque y Benedict, llegó la noticia de que la policía se dirigía al cabaret. El Duque se ofreció a quedarse acompañando a la señora Warriner, y su esposo y Benedict salieron en automóvil hacia el cabaret.

El grito de:

—¡La policía! ¡La policía! — dispersó a los parroquianos. Pero ya era tarde, pues los agentes de la autoridad, pistola en mano, invadieron el local, apoderándose de muchos de los que allí se encontraban, incluso algunas señoras, sin que les valiera su categoría social ni sus protestas.

Angela y Harry se habían escondido en una habitación inmediata al reservado, invadido por los agentes, que ya iban a salir, llevando detenidos a los que encontraron dentro, cuando los gritos de Angela los puso sobre la pista de esta y de Harry, que se esforzaba por ahogar los gritos denunciadores tapando con su mano la boca de la joven.

Al entrar uno de los agentes en la habitación, Angela se ocultó tras una cortina; pero habría sido inútil a no llegar su padre, que defendió el paso conteniendo al agente, que, no obstante, quedó a la expectativa en la puerta de la estancia. Entonces Jhon Warriner preguntó a Harry:

—¿Está usted dispuesto a casarse con mi hija?

—Ese era mi propósito antes de saber que se dedicaba usted al contrabando de licores; pero después de saberlo no quiero pertenecer a su familia — replicó Harry con cinismo.

El aristócrata, indignado, lo agarró por el cuello, arrojándolo a tierra, mientras le gritaba:

—¡Miserable!

En tanto, había llegado Carlos, y al saber la comprometida situación en que Angela se encontraba, corrió en su auxilio, logrando llegar hasta ella. Para alejar al agente le dijo:

—No es prudente comprometer a la señorita que está ahí dentro. Se trata de un asunto de familia. El agente sonrió, yendo en busca de su jefe para informarle de que los que quedaban sin detener ya sabía él quienes eran.

Benedict fue también detenido, sin que el comisario que mandaba la fuerza se ablandara al decirle aquél:

—Me alegro de que esté usted aquí, Amotí! Somos amigos y podremos evitar este escándalo.

Pero el llamado Amotí, por toda contestación, lo hizo esposar y conducir en cuerda con los demás detenidos.

VII

Aquella noche, la señora Warriner, al levantarse del lecho para abrir a su marido, se enteró, con dolor, de que se había quedado ciega. Rogó a Jhon que diera la luz, porque no quería convencerse de su desgracia. Y cuando éste le dijo que estaba iluminada la estancia, se miró al espejo, sin ver reflejada su imagen.

Angela al cerciorarse del estado de su madre, se abrazó a ella lanzando desgarradores gritos. Carlos presenciaba la escena conmovido.

Dos horas después, Jhon Warriner era detenido por la policía en su propio domicilio.

Epílogo

Los desdichados sucesos que acabamos de narrar, hicieron volver al buen camino a la familia Warriner.

En el jardín de su morada se hallaban la señora Warriner, casi completamente curada de su ceguera, Angela y Carlos. La señora Warriner estaba sentada en un sillón de mimbres, protegiendo sus ojos de los rayos solares con una visera de celuloide verde. A su lado, permanecían de pie, Carlos y Angela. Esta leía una carta de su padre que les anunciaba su próxima libertad y que fijaba para aquella fecha la boda de su hija con Carlos Graham, el único que supo no despreciarlos en sus desdichas.

Y mientras aquellos tres corazones saltaban de alegría dentro del pecho, la señora Warriner atrajo a los dos jóvenes hacia su pecho, quedando enlazados por un abrazo que simbolizaba un porvenir lleno de amor.

FIN

Este número ha sido visado
por la censura